

Feliz como un francés en Chile

Existe un dicho alemán: Feliz como Dios en Francia.

Después de un año en Chile, me veo tentado a inventar otro:
Feliz como un francés en Chile.

Sé que esta afirmación puede parecer sorprendente a los lectores que acostumbran a oír o a leer todos los días que su país se precipita al desastre o que las cosas estaban mejor antes.

Pero permítanle a un francés, acostumbrado a recorrer este vasto mundo, expresar algunas evidencias sobre este hermoso y gran país. Es bien sabido que nunca se es buen juez de sí mismo, ya se sea demasiado indulgente o demasiado severo.

En primer lugar, estar en el fin del mundo se convierte en un activo considerable cuando una buena parte de este se encuentra en guerra o atraviesa conflictos violentos. Los europeos saben algo al respecto, ellos que no están lejos de la guerra en Ucrania, del conflicto israelí-palestino y de la guerra entre Israel e Irán.

La distancia también puede ofrecer algunas ventajas cuando otra guerra, la de los aranceles aduaneros, hace estragos.

Luego, escucho a muchos chilenos decirme que el país está en declive y que hace diez años era mejor. Es cierto que el mundo estaba entonces probablemente menos contaminado y menos violento, aunque es poco probable que las cosas mejoren a corto plazo. Este es un hecho universal al que debemos adaptarnos, tanto en Chile como en otros lugares. El fuerte crecimiento chileno de los años 1995-2015, por supuesto, puede haber llevado a la gente a pensar que se trataba de un ritmo normal. Sin embargo, un crecimiento sólido y prolongado no existe en la historia económica. El hecho de que Chile, que probablemente fue uno de los países más pobres de la región en los años 50, sea ahora uno de los países más



ricos me parece notable y dice mucho sobre la resiliencia de los chilenos.

¡Resiliencia, la palabra está en el aire! Puede parecer desgastado, pero en este caso, creo que se aplica bien a los chilenos, pueblo de montaña y mar, de esfuerzo, y que nunca fue derrotado militarmente. Un pueblo patriota también, que celebra durante dos o más días su fiesta nacional. Esto puede ser una gran cantidad de feriados, pero también crea cohesión y unidad nacional que evita la fuga de capitales y talentos. Admiro a los empresarios chilenos que han tenido éxito y deciden quedarse en Chile porque creen en su país y lo aman. Como todos los chilenos.

¿Y cómo no amar un país tan hermoso y variado, donde se puede ir desde el canal Beagle o Torres del Paine hasta Arica, pasando por el lago de Todos los Santos, Villarrica, el Maule, el valle del Elqui y, por supuesto, Santiago y Valparaíso? Cómo ser insensible al clima de Santiago, ciertamente un poco contaminado en invierno, pero tan agradable todo el resto del año, con todos sus tonos de azul sobre un fondo de majestuosas montañas blancas. Un paraíso para los parisinos, más acostumbrados a los toques de gris. Y aunque las ciudades de Chile no son tan hermosas como sus paisajes, ¡hay verdaderas joyas! La última de ellas es la Gran Sala Sinfónica Nacional. Una perfección acústica y una maravilla arquitectónica, que combina con elegancia y eficacia lo antiguo y lo moderno.

Así que sí, a riesgo de sorprenderle ¿o molestarle?, repito, estoy muy feliz de vivir en un país tan hermoso. Solo lamento una cosa: que los chilenos no se den cuenta, y que sean tan pesimistas o críticos. ¿Por qué no conciliar más el pesimismo de la inteligencia con el optimismo de la voluntad? Y estoy en condiciones para hablar de ello, yo que vengo del país de los quejumbrosos y de los que nunca están contentos. ¡Otro punto que nos une!

CYRILLE ROGEAU

Embajador de Francia en Chile